

## 2

### La casa de Aracataca

1927-1928

Mi recuerdo más vivo y constante no es el de las personas, sino el de la casa misma de Aracataca donde vivía con mis abuelos. Es un sueño recurrente que todavía persiste. Más aún: todos los días de mi vida despierto con la impresión, falsa o real, de que he soñado que estoy en esa casa. No que he vuelto a ella, sino que estoy allí, sin edad y sin ningún motivo especial, como si nunca hubiera salido de esa casa vieja y enorme. Sin embargo, aun en el sueño, persiste el que fue mi sentimiento predominante durante toda aquella época: la zozobra nocturna. Era una sensación irremediable que empezaba siempre al atardecer, y que me inquietaba aun durante el sueño hasta que volvía a ver por las hendijas de las puertas la luz del nuevo día.<sup>1</sup>

Con estas palabras recordaba Gabriel García Márquez, medio siglo después, en conversación con su viejo amigo Plinio Apuleyo Mendoza en París, la imagen más poderosa de su infancia «prodigiosa» en el pequeño pueblo colombiano de Aracataca. Gabito no pasó los primeros diez años de su vida junto a su madre y su padre y los muchos hermanos y hermanas que siguieron su llegada al mundo con puntual regularidad, sino en la casona de sus abuelos maternos, el coronel Nicolás Márquez Mejía y Tranquilina Iguarán Cotes.

Era una casa llena de gente —abuelos, tías, huéspedes de paso, sirvientes, criados indios—, pero también llena de fantasmas (por encima de todos, quizá, el de su madre ausente).<sup>2</sup> Años más tarde, cuando el tiempo o la distancia lo alejaron de allí, aquella casa seguiría obsesionándolo, y el esfuerzo por recuperarla, por recrearla y dominar los recuerdos que conservaba de ella sería en buena medida lo que lo convertiría en escritor. Era un libro que llevaba en su interior desde la infancia: los amigos recuerdan a Gabito con poco más de veinte años escribiendo ya una novela interminable a la que se refería como «La casa». Aquel viejo caserón de Aracataca perteneció a la familia hasta finales de la década de

1950, aunque otros inquilinos lo alquilaron después de que Gabriel Eligio se llevara a su esposa y a sus hijos de Aracataca, una vez más, en 1937. Con el tiempo reaparecería, intacta, aunque con cierto halo de alucinación, en la primera novela de García Márquez, *La hojarasca*, escrita en 1950. Sin embargo, no sería hasta más adelante que, en *Cien años de soledad* (1967), la obsesión se desarrollara plenamente y agotara todo su potencial, de modo que la infancia de Gabito —vívida al tiempo que angustiada, y a menudo aterradora— se materializara para toda la eternidad en el mundo mágico de Macondo; y en un punto en que, desde la casa del coronel Márquez, su visión del mundo abarcaría no sólo el pequeño pueblo de Aracataca, sino también el resto de su Colombia natal y, acaso, toda América Latina y aún más allá.

Tras el nacimiento de Gabito, Gabriel Eligio, que seguía trabajando en Riohacha y que aún estaba dolido, esperó varios meses para reunirse con su esposa. Renunció a su puesto en Riohacha, dejó la telegrafía para siempre y confió que en Aracataca podría ganarse la vida con la medicina homeopática. Sin embargo, puesto que carecía de titulaciones tanto como de posibles, y dado que, aunque la leyenda familiar sostenga lo contrario, al parecer su presencia en casa del coronel no era grata, finalmente decidió llevarse a Luisa a Barranquilla y, tras ciertas negociaciones poco claras, se acordó que Gabito se quedara con los abuelos.<sup>3</sup>

Por descontado se da que esta clase de arreglos en que ambos matrimonios llegaban a un acuerdo eran tan habituales que se consideraban casi normales en sociedades tradicionales con familias muy extensas y numerosas; sin embargo, resulta difícil entender que Luisa dejase a su primer hijo a una edad en la que podría haber seguido muchos meses amamantándolo. Fuera de toda duda está, en cambio, el firme compromiso con su esposo. A pesar de las críticas de sus padres, por encima de todos los defectos y excentricidades de Gabriel Eligio, tenía que amar de veras a su marido y se entregó, al parecer sin titubear, a su cuidado. Por encima de todo antepuso su esposo a su primogénito. Nunca sabremos lo que Luisa y Gabriel Eligio pensaron o qué se dijeron mientras tomaban el tren en Aracataca con dirección a Barranquilla, tras dejar atrás a su primer hijo. Sabemos, en cambio, que la primera iniciativa de la joven pareja fue un fracaso financiero y que, sin embargo, a los pocos meses Luisa volvía a estar encinta; volvió a Aracataca a dar a luz a su segundo hijo, Luis Enrique, que nacería el 8 de septiembre de 1928. Esto significa que tanto ella como el recién nacido estaban en Aracataca du-

rante el período que culminó con la masacre de los peones bananeros de Ciénaga en diciembre de aquel año y los muchos asesinatos que posteriormente se cometieron en la propia Aracataca y sus alrededores. Uno de los recuerdos más tempranos de Gabito era el de los soldados que pasaban frente a la casa del coronel. Curiosamente, cuando Gabriel Eligio llegó para llevarse a la madre y a su nuevo hijo de regreso a Barranquilla en enero de 1929, bautizaron al recién nacido apresuradamente antes de marcharse, mientras que con Gabito no lo harían hasta julio de 1930.<sup>4</sup>

Observemos la cara del chiquillo de apenas un año que aparece reproducida en la cubierta de las memorias de García Márquez, *Vivir para contarla*. Su madre lo había dejado a cargo de sus abuelos varios meses antes de que se hiciera la fotografía, y ahora, meses después de que se tomara la instantánea, la madre había vuelto y había quedado atrapada por el drama de la huelga y la matanza que le siguió. Esta masacre no fue únicamente un acontecimiento de enorme importancia, incluso crucial, que cambiaría la historia de Colombia por coadyuvar directamente al regreso de un gobierno liberal en agosto de 1930, tras medio siglo de guerra civil y exclusión, y que uniría de ese modo al pequeño con la historia de su país; coincidió también con el momento en que la madre del niño podría habérselo llevado consigo a Barranquilla. En lugar de ello, se llevó a su nuevo hijo, Luis Enrique, recién bautizado, y dejó a Gabito en el caserón con sus abuelos, sentenciándolo así a asimilar este abandono, a vivir esta ausencia, a explicarse esta inexplicable secuencia de acontecimientos y, mediante la elaboración de esa historia, de algún modo a forjarse una identidad que, al igual que todas las identidades, vinculara sus propias circunstancias personales, con todas sus alegrías y sus crueldades, a las alegrías y las crueldades del mundo.

A pesar de sus recuerdos de soledad, Gabito no era el único niño que había en la casa, aunque sí el único varón. Su hermana Margarita vivió allí desde que Gabito tenía tres años y medio, y su prima adolescente, Sara Emilia Márquez, la hija ilegítima de su tío Juan de Dios a la que su esposa Dilia había rechazado (según algunos, aseguraba que la niña era en realidad hija de José María Valdeblánquez, no de su marido), también se crió allí, junto con ellos. Tampoco era la casa la mansión que García Márquez a veces ha dado a entender.<sup>5</sup> De hecho, en marzo de 1927, más que una casa eran tres construcciones distintas de madera con

algunos muros de adobe, a las que había que sumar cierto número de edificaciones anexas y una gran extensión de tierra en la parte de atrás. Cuando nació Gabito, estas tres edificaciones principales tenían suelos de cemento escobillado, al estilo norteamericano, ventanas de acero con mosquiteras y techos rojos de cinc a dos aguas, si bien algunas de las edificaciones anexas conservaban las techumbres de hojas de palma tradicionales en Colombia. La entrada de la propiedad estaba protegida por almendros. En los primeros recuerdos de García Márquez, al acceder a la casa había dos construcciones a la izquierda; la primera de ellas era el despacho del coronel, contiguo a una pequeña sala para las visitas, seguida de un precioso patio y un jardín con un gigantesco jazmín —este jardín, donde crecían en abundancia rosas de vivos colores, jazmines, espicanardos, geranios y astromelias, siempre estaba lleno de mariposas amarillas— y, a continuación, otra serie de tres dependencias.

La primera de estas tres habitaciones privadas era el dormitorio de los abuelos, que no estuvo terminado hasta 1925, donde nació Gabito apenas dos años después.<sup>6</sup> Al lado de este dormitorio estaba el llamado «cuarto de los santos», donde en realidad durmió Gabito —en una hamaca, después de que la cuna se le quedara pequeña— durante los diez años que vivió con sus abuelos, acompañado a veces por su hermana menor, Margarita, por su tía abuela, Francisca Cimodosea, o por su prima, Sara Márquez —aunque en ocasiones con todas a la vez—, junto con un panteón de santos que no variaba nunca. Todos estaban iluminados día y noche con lámparas de aceite de palma, y a cada uno se le había encomendado que velara por un miembro en concreto de la familia: «Para que le fuera bien al abuelo, para que velara por los nietos, para que nadie se enfermara, para que protegiera el hogar, en fin ... una costumbre que venía desde la tatarabuela y que heredó mi mamá».<sup>7</sup> La tía Francisca pasó muchas horas de su vida rezando de rodillas. La última estancia era el «cuarto de los baúles», un trastero donde se amontonaban los bienes ancestrales y los recuerdos de familia traídos en el éxodo de La Guajira.<sup>8</sup>

A la derecha de la finca, al otro lado del sendero, había una serie de seis habitaciones que daban a una galería donde se alineaban grandes macetas de flores, y que la familia denominaba el «corredor de las begonias». Desandando el camino hacia la entrada, las primeras tres habitaciones de la edificación de la derecha constituían, junto con la oficina y la salita para recibir a las visitas de enfrente, lo que podría considerarse la

parte pública de la casa. La primera era la habitación de invitados destinada a las visitas distinguidas (entre ellas, por ejemplo, el propio monseñor Espejo). También se alojó allí, sin embargo, a parientes y compañeros de batalla de toda La Guajira, Padilla y Magdalena, incluidos héroes de guerra liberales como Rafael Uribe Uribe y el general Benjamín Herrera.<sup>9</sup> Contiguo a estas dependencias estaba el taller de orfebrería del coronel, donde siguió practicando su oficio hasta poco antes de morir, aunque sus obligaciones municipales lo obligaron a hacer de su anterior profesión un mero entretenimiento.<sup>10</sup> A continuación estaba el amplio comedor, el verdadero centro de la casa, e incluso más importante para Nicolás que el taller de al lado; abierto al aire libre, allí podían sentarse diez comensales a la mesa, y aún quedaba sitio para unas cuantas mecedoras de mimbre en las que tomar una copa antes o después de la cena, cuando la ocasión se presentaba. Luego venía una tercera habitación, conocida como «el cuarto de la ciega», donde el fantasma más célebre de la casa, la tía Petra Cotes, hermana de Tranquilina, había muerto algunos años antes,<sup>11</sup> al igual que el tío Lázaro, y donde ahora dormían una u otra tía; luego había una despensa donde, de ser necesario, podían instalarse los huéspedes menos distinguidos, y por último, la gran cocina de Tranquilina, con su enorme horno panadero, abierta, al igual que el comedor, a todos los elementos. Allí la abuela y las tías hacían pan, pasteles y toda clase de dulces con los que agasajar a los huéspedes, y que además los indios de la casa vendían en la calle para complementar con ello los ingresos de la familia.<sup>12</sup>

Más allá de las habitaciones ocupadas por santos y baúles había otro patio con un cuarto de baño y un gran aljibe, donde Tranquilina bañaba a Gabito con parte de los cinco barriles de agua que José Contreras, el transportista, les entregaba a diario. En una ocasión inolvidable, el pequeño Gabito estaba trepándose al techo cuando abajo vio a una de sus tías, desnuda, dándose una ducha. En lugar de chillar y cubrirse, como esperaba, se limitó a saludarlo. O así lo recordaba el autor de *Cien años de soledad*. El patio junto al cuarto de baño daba, a la derecha, al jardín en el que se alzaba el mango; en un rincón, un gran cobertizo servía de taller de carpintería, la base desde donde el coronel llevaba a cabo sus renovaciones estratégicas en la casa.

Y a continuación, al fondo del predio, más allá del cuarto de baño y del mango, el nuevo y pujante pueblo de Aracataca, representado ostentadamente por la riqueza y la ambición de este caserón, parecía fusionar-

se con el campo en una extensión asilvestrada llamada La Roza.<sup>13</sup> Aquí estaban los guayabos, con cuya fruta Tranquilina hacía dulces en una gran cubeta de acero y cuyo aroma Gabito asociaría ya siempre al Caribe de su niñez. Allí se alzaba también el castaño inmenso, y ahora legendario, al que José Arcadio Buendía sería atado en *Cien años de soledad*. Bajo este árbol de ancha copa Gabriel Eligio García le había pedido a Luisa la mano mientras la «cancerbera», la tía Francisca, le gruñía desde las sombras. Entre el follaje había loros, guacamayos y trupiales, e incluso un perezoso habitaba en las ramas del árbol del pan. Y junto a la puerta trasera estaban los establos donde el coronel guardaba el caballo y las mulas, y donde las visitas amarraban las monturas cuando llegaban no sólo a almorzar, en cuyo caso las dejaban en la calle, sino para una estadía más larga.

Contigua a la casona había una construcción que para los niños sería siempre una casa de los horrores. La llamaban «la casa del muerto» y todo el pueblo contaba historias espeluznantes sobre ella, porque un venezolano llamado Antonio Mora siguió habitándola después de ahorcarse, y sus carraspeos y silbidos podían oírse claramente en el interior.<sup>14</sup>

En la época en que los primeros recuerdos de García Márquez quedaron grabados en su memoria, Aracataca era todavía una ciudad fronteriza violenta y dramática. Prácticamente todos los hombres llevaban machete, y los revólveres eran moneda corriente. Una de las primeras cosas que recuerda de la niñez es estar jugando en el patio exterior y ver pasar por delante de la casa a una mujer con la cabeza de su esposo envuelta en un trapo y el cuerpo decapitado detrás. Se acuerda de la decepción que le produjo que el cuerpo estuviera cubierto de harapos.<sup>15</sup>

El día, por tanto, traía consigo un mundo lleno de vida, diverso, en constante cambio, unas veces violento y otras veces mágico. La noche, por el contrario, era siempre igual, y lo aterraba. Recordaba que «era una casa enorme, donde se vivía verdaderamente en el misterio. En esa casa había un cuarto desocupado en donde había muerto la tía Petra. Había un cuarto desocupado donde había muerto el tío Lázaro. Entonces, de noche, no se podía caminar por esa casa porque había más muertos que vivos. A mí me sentaban, a las seis de la tarde, en un rincón y me decían: “No te muevas de aquí porque si te mueves va a venir la tía Petra que está en su cuarto, o el tío Lázaro, que está en otro”. Yo me quedaba siempre sentado...».<sup>16</sup> No es de extrañar que el niño viera difuntos en el baño y en la cocina, junto a los fogones; incluso hubo una vez en que vio al demonio en su ventana.<sup>17</sup>

La vida cotidiana estaba controlada inevitablemente por Tranquilina, o Mina, como su esposo y otras mujeres la llamaban: una mujer menuda, inquieta, de ojos grises y mirada preocupada, cuyo cabello canoso, partido por una raya al medio y rematado en un moño recogido en el pálido cuello, enmarcaba un rostro a todas luces hispano.<sup>18</sup> García Márquez recordaba: «Haciendo un análisis de cómo era la vida de la casa, ahí en realidad el jefe de la casa era la abuela, y no sólo la abuela sino unas entidades fantásticas con las cuales ella tenía comunicación permanente y que eran las que indicaban qué se podía hacer ese día, qué no se podía hacer ese día; interpretaba los sueños, de acuerdo con los sueños se organizaba la casa ... estábamos como en el Imperio romano, gobernados por pájaros y truenos, por cualquier señal atmosférica, por cualquier cambio del tiempo, cambio de humor, de los sueños; realmente éramos manejados por dioses invisibles, aunque era gente muy católica».<sup>19</sup> Vestida de sempiterno luto o semiluto, y siempre al borde de la histeria, Tranquilina flotaba por la casa del alba al anochecer, cantando, tratando siempre de irradiar calma y confianza, pero consciente en todo momento de la necesidad de proteger a los niños a su cargo de los peligros, que acechaban en todo momento: almas en pena («¡Rápido, acuesta a los niños!»), mariposas negras («Esconde a los niños, alguien va a morir»), funerales («Levanta a los niños, o morirán también») ... Lo último que hacía por la noche era recordarles a los niños esos peligros.

Rosa Fergusson, la primera maestra de García Márquez, recordaba que Tranquilina era sumamente supersticiosa. Rosa y sus hermanas llegaban a primera hora de la tarde y la anciana les decía tal vez: «¿Saben que anoche sentí a una bruja...? Sí, cayó aquí, sobre el techo de la casa».<sup>20</sup> Cultivaba también el hábito de explicar sus sueños, al igual que muchos de los personajes femeninos de las novelas de García Márquez. En una ocasión contó a los invitados allí reunidos que había soñado que sentía un montón de pulgas en la cabeza; así que en su sueño se quitaba la cabeza, se la colocaba entre las piernas y empezaba a matar las pulgas una por una.<sup>21</sup>

Francisca Cimodosea Mejía, a la que todos llamaban tía Mama, era la más imponente de las tres tías que vivían en la casa durante la infancia de Gabito y, a diferencia de Tranquilina, tenía fama de no temerle a nada, fuera natural o sobrenatural. Hermanastra de Eugenio Ríos, el socio de Nicolás Márquez en Barrancas, se crió con su primo, el coronel, en El Carmen de Bolívar, y luego se trasladó con él de Barrancas a Ara-

cataca tras el asesinato de Medardo. Era de tez oscura, robusta, con cabello negro semejante al de los indios guajiros, peinado en dos trenzas que unía en un moño cuando salía a la calle. Vestía de negro y llevaba botas de cordones que anudaba muy apretados; fumaba cigarros fuertes, mantenía una actividad permanente, mientras gritaba preguntas y daba órdenes con su vozarrón grave para disponer y organizar el día a los niños. Cuidaba de todo el mundo: de los miembros de la familia, de los niños abandonados de la calle y de los descarriados; elaboraba dulces especiales y caprichos para los invitados; bañaba a los niños en el río (con jabón carbólico si tenían piojos), los llevaba a la escuela y a la iglesia, los acostaba y les hacía decir sus oraciones, antes de abandonarlos a los colofones nocturnos de Tranquilina. Le habían confiado las llaves de la iglesia y el cementerio, y vestía los altares en las fiestas de guardar. También hacía las hostias para la iglesia —el párroco visitaba la casa con asiduidad— y los niños siempre ansiaban el momento de comerse los benditos restos. La tía Mama vivió y murió soltera. Y cuando pensó que llegaba su hora, empezó a coser su propia mortaja, igual que la Amaranta de *Cien años de soledad*.

Para los niños, la seguía en importancia la tía Pa, Elvira Carrillo, que había nacido en Barrancas a finales del siglo XIX. Era una de las hijas naturales del coronel, hermana gemela de Esteban Carrillo. Se mudó a Aracataca con veinte años y, a pesar de las tensiones del principio, Tranquilina la trató como si fuera su propia hija, y ella a su vez cuidó de Tranquilina hasta su muerte, en Sucre, muchos años después. Era de temperamento dulce, modesta y trabajadora, siempre entregada a la limpieza, la costura y la elaboración de los dulces que vendían, aunque ella misma prefería no aventurarse por las calles.

Otra tía, Wenefrida (tía Nana, la única hermana legítima de Nicolás), era también una presencia constante, aunque vivía en una casa de su propiedad. Había llegado a Aracataca con su esposo, Jesús Quintero, y allí moriría, en casa de Nicolás —pasó sus últimos días en el despacho de su hermano—, poco antes de que falleciera el propio coronel.

Había además numerosas sirvientas, que en su mayoría trabajaban a tiempo parcial, las cuales se encargaban de limpiar la casa y lavar la ropa y la vajilla. Era, ciertamente, una casa llena de mujeres, un hecho que destinó a Gabito, por una parte, a una relación especialmente estrecha, y desde luego decisiva, con el único hombre aparte de él —su abuelo— y, por la otra, a una desenvoltura con las mujeres y una dependencia de

ellas que se prolongaría el resto de su vida. A los hombres, para Gabito, había que emularlos, como a su abuelo, o temerlos, como a su padre. Sus primeras relaciones con las mujeres fueron mucho más variadas y complejas. (Había varios sirvientes indios en la casa, que de hecho eran esclavos; el muchacho, Apolinar, apenas contaba como figura masculina, pues ni siquiera se lo consideraba un ser humano de pleno derecho.)

Cuando García Márquez leía cuentos de hadas, debió de sorprenderle que muchos de ellos los protagonizara un niño o una niña, e, invariablemente, participaran también los abuelos. Igual que él, Margot, Nicolás y Tranquilina. Era un mundo complejo desde un punto de vista psicológico, que él mismo le explicó a su amigo Plinio Mendoza: «Lo raro, pensándolo ahora, es que yo quería ser como el abuelo—realista, valiente, seguro—, pero no me podía resistir a la tentación constante de asomarme al mundo de la abuela». <sup>22</sup> Leonino y magnífico en la memoria de su nieto, «papá Lelo» imponía orden y disciplina en aquella manada de hembras, una casa llena de mujeres a las que había traído a Aracataca en busca de seguridad y de una respetabilidad renovada. Era campechano y franco, de opiniones directas y decididas. Es evidente que Gabito se sentía su descendiente inmediato y su heredero.

El coronel se llevaba consigo a su nieto a todas partes, todo se lo explicaba, y cuando se le presentaba una duda, lo llevaba a casa, sacaba el diccionario de la familia y subrayaba su propia autoridad con la definición que hallara allí. <sup>23</sup> Al nacer Gabito tenía sesenta y tres años, rasgos más bien españoles, como su mujer, y era fornido, de mediana estatura, con una frente despejada, profundas entradas y un poblado bigote. Llevaba gafas con montura dorada y, para entonces, ya era ciego del ojo derecho a causa del glaucoma. <sup>24</sup> La mayoría de los días llevaba un traje blanco inmaculado de los que suelen usarse en el trópico, sombrero de jipijapa y tirantes de colores vivos. Era un hombre franco y de buen corazón, cuya autoridad poco severa y confiada quedaba aligerada por el brillo de su mirada, que evidenciaba que comprendía la sociedad en la que vivía y que, aunque en toda circunstancia lo hacía lo mejor que podía, no era ningún mojigato.

Muchos años después, cuando García Márquez logró reconstruir estos dos modos de interpretar y contar la realidad, ambos imbuidos de un aire de certeza absoluta —el tono sentencioso, mundano y racionalizado de su abuelo, junto a las declamaciones premonitorias y sobrenaturales de su abuela— y aderezados por su propio e inimitable sentido del

humor, sería capaz de desarrollar una visión del mundo, y una técnica narrativa correspondiente, que los lectores de cada nuevo libro reconocerían al instante.

Aunque derrotado en la guerra de los Mil Días, el coronel Márquez había logrado prosperar en la paz. Tras el fin de las hostilidades, el gobierno conservador había abierto la república a las inversiones extranjeras, y durante la Primera Guerra Mundial, y en los años que siguieron, la economía nacional creció a un ritmo sin precedentes. Las financieras estadounidenses habían invertido intensivamente en los sondeos petrolíferos, la minería y las plantaciones de banano, y el gobierno estadounidense pagó en cierto momento veinticinco millones de dólares al gobierno colombiano a modo de compensación por la pérdida de Panamá. Este capital se destinó a llevar a cabo diversas obras públicas con el objetivo de modernizar el país. Siguió más préstamos, y todos aquellos dólares y pesos en circulación crearon una especie de histeria financiera que los historiadores colombianos denominan la «danza de los millones». Esos fugaces años de dinero fácil serían recordados por muchos como una época de prosperidad y oportunidades sin parangón en la costa del Caribe.

El banano es un árbol tropical que tarda entre siete y ocho años en crecer, y su fruto puede cosecharse y despacharse prácticamente en cualquier época del año. Trae consigo su propio envoltorio y, con los métodos de cultivo y transporte modernos, contribuiría a transformar los hábitos alimenticios y económicos de las grandes capitales del mundo. Los terratenientes locales, que iniciaban con retraso una apertura de la región costera del norte de Colombia, se vieron superados por los propios acontecimientos. A mediados de la década de 1890, el empresario norteamericano Minor C. Keith, que ya era propietario de vastísimas extensiones de tierra en Centroamérica y Jamaica, había empezado a comprar terrenos en los alrededores de Santa Marta. En 1899 fundó la United Fruit Company, cuyas oficinas estaban en Boston y su principal puerto de expedición, en Nueva Orleans. A la par que compraba la tierra, Keith adquiría acciones de la red ferroviaria de Santa Marta, hasta que al fin la compañía no sólo gestionaba el ferrocarril, sino que además era dueña de 25.500 de sus 60.000 acciones.<sup>25</sup>

Un crítico ha dicho que las propiedades que Minor C. Keith amasó en Colombia ascendían a una «patente de corso».<sup>26</sup> A mediados de la dé-

cada de 1920, la zona era la tercera exportadora de bananas del mundo. Más de diez millones de racimos se despachaban cada año de los muelles de la United Fruit Company en Santa Marta. Sus ferrocarriles recorrían los casi cien kilómetros que separan Santa Marta de Fundación, con las treinta y dos estaciones que hay entre ellas. Había creado prácticamente un monopolio de la tierra, los sistemas de riego, las exportaciones por mar, el transporte desde Santa Marta por toda la Ciénaga Grande, el sistema de telégrafos, la producción de cemento, la red telefónica, la elaboración de carne y otros alimentos, y el hielo.<sup>27</sup> Al ser propietaria de las plantaciones y el ferrocarril, la United Fruit Company controlaba a efectos prácticos las nueve ciudades de la región. Indirectamente, también controlaba a la policía, los políticos y la prensa locales.<sup>28</sup> Una de las haciendas de mayor extensión de la United Fruit Company se llamaba Macondo: cincuenta y cinco hectáreas a orillas del río Sevilla, en el corregimiento de Guacamayal.

Las altas esferas de la clase dirigente de Santa Marta habían establecido ya vínculos con Nueva York, Londres y París, y aunque conservadores desde un punto de vista político, eran culturalmente sofisticados. Pero ahora la Gran Flota Blanca de la United Fruit Company puso al alcance de todos el contacto diario con Estados Unidos, Europa y el resto del Caribe. Al mismo tiempo, inmigrantes de distintas partes de Colombia —incluidas la península de La Guajira y las regiones de Bolívar a las que antiguamente huyeron muchos esclavos fugitivos— como de otras partes del mundo acudieron a trabajar en las plantaciones de banana, o establecieron pequeños negocios para abastecer las haciendas y a quienes trabajaban en ellas. Llegaron artesanos, comerciantes, barqueros, prostitutas, lavanderas, músicos y taberneros. Los gitanos iban y venían, pero de hecho casi todos los habitantes de la Zona Bananera eran nómadas por aquel entonces. Estas comunidades, cada vez mayores, quedaron conectadas al mercado internacional por los bienes de consumo: cines que cambiaban la cartelera dos o tres veces por semana, catálogos de los grandes almacenes Montgomery Ward, Quaker Oats, Vicks Vaporub, sal de fruta Eno, dentífrico Colgate y, en realidad, muchos de los artículos que se consumían en Nueva York o Londres.

La población de Aracataca en 1900 no pasaba de unos pocos cientos de habitantes, diseminados por el campo y concentrados en las riberas; en 1913 ascendía ya a tres mil, mientras que a finales de los años veinte se elevaba a cerca de veinte mil personas. Puesto que era el lugar más cá-

lido y húmedo de toda la región, era también allí donde se producían los bananos más grandes; su cultivo requería un esfuerzo épico cotidiano por parte de los trabajadores, puesto que para la mayoría de los mortales el calor de Aracataca es difícil de soportar, incluso si uno permanece sentado o tumbado. Cuando en 1910 el coronel empezó a trasladar allí a su familia, la vía férrea unía ya Santa Marta y Fundación —el último pueblo de la región—, pasando por Ciénaga y Aracataca. Las plantaciones de banano crecían a ambos lados de la vía, a lo largo de poco menos de cien kilómetros.

Aracataca era una población en auge con los entretenimientos propios de este tipo de lugares. Los domingos se jugaba una lotería mientras una banda de música tocaba en la plaza principal. El carnaval de Aracataca, que se celebró por vez primera en 1915, era una atracción peculiar y, año tras año, un aluvión de cantinas improvisadas, tenderecetes, pistas de baile, mercachifles, curanderos, herboristas y mujeres con trajes y máscaras exóticos invadía la plaza, y por allí se paseaban los lugareños con aire arrogante, vestidos con pantalones de soldado y camisas azules, todos envueltos en una nube de humo de habano, ron y sudor que la brisa salobre de la Ciénaga Grande esparcía por doquier. Se decía que en aquellos años dorados podía comprarse prácticamente todo: no sólo los bienes de consumo de cualquier lugar del mundo, sino las parejas de baile, los votos políticos o los pactos con el diablo.<sup>29</sup>

Incluso en su momento álgido, el pueblo nunca tuvo más de diez calles en cualquier dirección que se tomara. A pesar del calor abrasador, cualquiera que estuviera medianamente en forma podía recorrerlo de punta a punta en menos de veinte minutos. Había algunos coches. Las oficinas de la United Fruit Company estaban justo enfrente de la casa del coronel Nicolás Márquez, pegadas a la farmacia de su amigo venezolano, el doctor Alfredo Barbosa. Al otro lado de la vía del tren había otra comunidad, el campamento de los administradores de la compañía norteamericana, junto a un club de campo con extensiones de césped recreativas, pistas de tenis y una piscina, donde podía verse a «mujeres bellas y lánguidas, con trajes de muselina y grandes sombreros de gasa, que cortaban las flores de sus jardines con tijeras de oro».<sup>30</sup>

Durante la época bananera, Aracataca era un territorio donde ni siquiera Dios o la ley merecían más que un respeto limitado. En respuesta a una petición de los habitantes de la localidad, la diócesis de Santa Marta había enviado al primer párroco de Aracataca, Pedro Espejo, des-

de Riohacha, a tiempo parcial. Él fue quien inició la construcción de la parroquia, que llevó más de veinte años.<sup>31</sup> Fue él también el célebre cura que un día levitó durante una misa. Trabó una estrecha amistad con la familia Márquez Iguarán y se hospedaba en su casa siempre que estaba en Aracataca. Ahora, transcurridos muchos años, la calle en la que estaba aquel viejo caserón es la calle de Monseñor Espejo.

A finales de 1928 la edad dorada de Aracataca tocó a su fin violentamente. La United Fruit Company necesitaba mano de obra para construir la vía del ferrocarril y canales de riego, para desbrozar el terreno, plantar árboles y cosechar la fruta, y para cargar los trenes y los barcos en que se despachaban los bananos. Al principio se las había arreglado para dividir y administrar a los obreros sin problemas, pero poco a poco, en el transcurso de los años veinte, se organizaron en sindicatos, y en noviembre de 1928 elaboraron una petición, respaldada por una amplia mayoría, por la que reclamaban un aumento de salario, una jornada laboral más reducida y una mejora de sus condiciones laborales. La directiva rechazó estas exigencias, y el 12 de noviembre de 1928, treinta mil trabajadores de la Zona Bananera se declararon en huelga. García Márquez era un chiquillo de veinte meses.

Los huelguistas se movilizaron y aquel mismo día ocuparon las plantaciones. El dirigente del Partido Conservador, el presidente Miguel Abadía Méndez, respondió al día siguiente con el envío del general Carlos Cortés Vargas en calidad de jefe civil y militar, acompañado de una tropa de mil ochocientos soldados de las tierras altas. Cuando Cortés Vargas llegó a Santa Marta, él y sus oficiales fueron agasajados por la directiva de la United Fruit Company y los soldados se alojaron en barracones y almacenes de la compañía por toda la zona. Se decía que los dirigentes de la United Fruit Company organizaron fiestas desenfrenadas para los oficiales, en las que hubo damas de la localidad que fueron víctimas de abusos y ofensas, y prostitutas que montaron desnudas los caballos de los militares y desnudas se bañaron en las acequias de la compañía.<sup>32</sup>

El 5 de diciembre de 1928, al rayar el alba, tres mil trabajadores llegaron a Ciénaga con el propósito de ocupar la plaza y, tras hacerse con el control de la ciudad, controlar también las comunicaciones ferroviarias de toda la región. Junto con Ciénaga, Aracataca fue una de las zonas que más apoyó la huelga; al igual que hicieran los tenderos en Ciénaga, los comer-

ciantes y terratenientes locales brindaron considerable material de ayuda a los huelguistas hasta el día de la matanza.<sup>33</sup> Al general José Rosario Durán lo respaldaba su reputación de empleador decente que procuraba mantenerse en buenas relaciones con el sindicato; de hecho, muchos conservadores lo consideraban abiertamente simpatizante de los «socialistas».<sup>34</sup> El 5 de diciembre a mediodía, el general Durán, que en los comunicados militares de la época se describía como «el líder liberal de toda la región»,<sup>35</sup> envió un telegrama a Santa Marta solicitando un tren que lo llevara a él y a sus adjuntos a esa ciudad, donde esperaba mediar entre los trabajadores y la compañía con la ayuda del gobernador Núñez Roca. Cortés Vargas accedió, sin duda a regañadientes, y el tren fue puntualmente enviado.<sup>36</sup> Durán y su delegación, entre los que estaba el coronel Nicolás Márquez, llegaron al fin a Ciénaga a las nueve de la noche. Los trabajadores los recibieron con entusiasmo y prosiguieron hasta Santa Marta con el propósito de negociar un acuerdo, pero cuál sería su sorpresa cuando al llegar fueron detenidos. La administración conservadora, la United Fruit Company y el ejército colombiano parecían resueltos a practicar una sangría saludable que diera a los obreros una lección.

En Ciénaga, una multitud de más de tres mil personas hacía frente al ejército.<sup>37</sup> Cada soldado iba armado con un rifle y una bayoneta, y frente a la estación se montaron tres ametralladoras. Se oyó una corneta y un oficial, el capitán Garavito, se adelantó y leyó el «Decreto número 1»: se había decretado el estado de sitio, se declaraba un toque de queda con efecto inmediato, no se permitiría la presencia de grupos de cuatro o más individuos, y si la muchedumbre no se dispersaba en cinco minutos, se abriría fuego. La multitud, que al principio había aclamado al ejército y coreado consignas patrióticas, estalló ahora en abucheos e insultos. Transcurridos unos minutos, el propio Cortés Vargas se adelantó e instó a la multitud a que se moviera, pues de lo contrario se dispararía contra ellos. Les dio un minuto más. En ese momento, una voz se alzó entre aquel mar de gente y gritó la inmortal réplica, que quedó registrada para siempre en *Cien años de soledad*: «¡Les regalamos el minuto que falta!». «¡Fuego!», gritó Cortés Vargas, y dos de las metralletas (la tercera se encasquilló) y doscientos o trescientos rifles que rodeaban la plaza abrieron fuego. Mucha gente cayó al suelo, y los que pudieron correr, corrieron.<sup>38</sup> Cortés Vargas aseguró luego que la descarga cerrada duró apenas unos segundos. Salvador Durán, el hijo del general, que estaba en su casa, al lado de la plaza, dijo que había durado cinco largos minutos; después, el si-

lencio fue tal que oía el zumbido de los mosquitos en su habitación.<sup>39</sup> Se dijo que el ejército remató a los heridos con las bayonetas.<sup>40</sup> Se dijo también que Cortés Vargas había amenazado a todos los soldados con ejecuciones sumarias si aquella noche no obedecían sus órdenes.<sup>41</sup> Hasta las seis de la mañana los cadáveres no pasaron a disposición de las autoridades, y el balance oficial fue de nueve muertos y tres heridos.

¿Cuántos murieron? Cuarenta años después, en *Cien años de soledad*, García Márquez inventaría una cifra de tres mil, un total que muchos de sus lectores se tomarían al pie de la letra. El 19 de mayo de 1929, *El Espectador* de Bogotá publicó que hubo «más de mil» muertos. Asimismo, el cónsul estadounidense en Bogotá, Jefferson Caffery, en una carta fechada el 15 de enero de 1929 que no se dio a conocer hasta muchos años después, dijo que, según Thomas Bradshaw, director ejecutivo de la United Fruit Company, hubo «más de mil muertos». (En 1955, el por entonces vicepresidente de la United Fruit Company le diría a un investigador que se asesinó a 410 personas en la masacre y a más de mil en las semanas siguientes).<sup>42</sup> Las estadísticas aún hoy son motivo de discusión y amarga disputa.

Gabriel Eligio García estaba fuera, trabajando en Barranquilla, sin medios de ponerse en contacto con su familia, aunque el telegrafista de Aracataca le comunicó que todos estaban sanos y salvos. Luisa había dado a luz poco antes a Luis Enrique, y Gabriel Eligio estaba haciendo planes para llevarlos con él a Barranquilla. Siempre respaldó los cálculos aproximados del gobierno, e incluso disculpaba a Cortés Vargas, arguyendo que el esposo de una tía abuela de Gabito vecino de Ciénaga le dijo que no podían haber sido más que unas pocas víctimas, puesto que «no se echaba a nadie de menos».

Los prisioneros fueron ejecutados sumariamente los días que siguieron al baño de sangre. Un destacamento militar conducido por dirigentes de la United Fruit Company que pasó por Aracataca «hacia fuego por todas partes y contra todo el mundo».<sup>43</sup> En una noche desaparecieron ciento veinte trabajadores de Aracataca y al párroco, el padre Angarita, lo despertaron soldados en pleno sueño y se llevaron sus llaves del cementerio.<sup>44</sup> El padre Angarita permaneció despierto toda la noche siguiente, a fin de asegurarse de que otros 69 prisioneros no fueran ejecutados.<sup>45</sup> A lo largo de los tres meses siguientes a la masacre, autoridades y residentes destacados de Aracataca, entre los que se contaban el tesorero Nicolás R. Márquez y sus amigos Alfredo Barbosa —el boticario—

y el general venezolano exiliado Marco Freites, así como todo el consejo municipal, fueron convencidos para enviar cartas donde declararon que el comportamiento de los militares durante el estado de sitio había sido intachable y que habían obrado en beneficio de la comunidad.<sup>46</sup> Esto debió de provocar reveses morales dolorosos y una sensación de humillación poco menos que insufrible. El estado de sitio se prolongó aún tres meses más.

La huelga y su estela amarga hicieron mella en la región, y aún hoy es uno de los acontecimientos más controvertidos de la historia de Colombia. En 1929, Jorge Eliécer Gaitán, el político cuyo asesinato desencadenaría la breve pero devastadora insurrección conocida como «el Bogotazo», se convirtió, a la edad de veintiséis años, en un líder nacional, tras la vehemente campaña parlamentaria que inició en contra del gobierno, el ejército y la United Fruit Company. Después de visitar el escenario de la matanza y hablar con decenas de personas, a su regreso a Bogotá elaboró un informe y habló ante la Cámara de los Representantes durante cuatro días en septiembre de 1929. Las pruebas más dramáticas que llevaba consigo eran el fragmento del cráneo de un niño y una carta acusatoria del padre Angarita, el hombre que bautizaría a Gabriel García Márquez sólo unos meses más tarde.<sup>47</sup> A resultas de la gran sensación que causó el testimonio de Gaitán, se revocaron las sentencias de prisión de los trabajadores de Ciénaga. Los liberales, aunque todavía con escasa fuerza y desorganizados a escala nacional, fueron impulsados a la acción y empezaron a imponerse políticamente sobre su rival, iniciando así su ascensión al poder, que culminó con su llegada al gobierno en 1930. El final de aquel período quedaría marcado por el asesinato de Gaitán en abril de 1948, el suceso más importante y de mayor trascendencia de la historia del siglo xx en Colombia.

El deterioro de las relaciones entre la United Fruit Company y sus trabajadores, así como el impacto que la masacre tuvo en la Zona Bananera, serían superados por la Gran Depresión en la que la región, y de hecho todo el sistema de comercio global, quedaría sumida poco después. La caída repentina y devastadora hizo que la compañía se viera obligada a recortar drásticamente sus operaciones. Ejecutivos y administradores se marcharon, y Aracataca inició un prolongado e imparable declive, un período que coincidiría con la infancia de García Márquez y los últimos años de la vida de su abuelo.

### 3

## De la mano de su abuelo

1929-1937

Aunque las semillas de la decadencia de Aracataca estaban ya sembradas, transcurrieron años antes de que se dilucidaran plenamente todas las consecuencias, y la vida en casa del coronel siguió adelante más o menos como de costumbre. Al otro lado de la gran ciénaga, en Barranquilla, durante el día Gabriel Eligio trabajaba en una ferretería de la empresa Singer, pero hacía poco que había abierto su primera farmacia, un establecimiento modesto que atendía por las noches y los fines de semana, con la ayuda de Luisa. La joven pareja vivía en una miseria absoluta y a Luisa, consentida y acostumbrada a las atenciones de su madre y de sus tías, así como habituada a tener sirvientas, la vida debía de parecerle extremadamente dura.

El coronel y Tranquilina llevaron a Gabito a Barranquilla en noviembre de 1929, tras el nacimiento, el día 9 de ese mismo mes, del tercer hijo de Luisa: esta vez una niña, a la que llamaron Margarita. Con apenas dos años y medio, el recuerdo más vívido del chiquillo fue ver semáforos por primera vez. Sus abuelos lo llevaron de nuevo a Barranquilla en diciembre de 1930, con motivo del nacimiento de Aida Rosa, y vio entonces su primer avión, en una ciudad que en Colombia era pionera de los viajes aéreos.<sup>1</sup> También oyó la palabra «Bolívar» por vez primera, porque Aida Rosa nació el 17 de diciembre, exactamente cien años después de la muerte del gran libertador, y Barranquilla, al igual que toda América Latina, conmemoraba la fecha. Aunque Gabito no conservaría recuerdos nítidos de su madre ni de su padre, estas visitas debían de afectar intensamente a un chiquillo que trataba de comprender el mundo y el papel que desempeñaba en él.<sup>2</sup> Fue en esta última ocasión cuando Tranquilina, al ver que la pequeña Margarita era una criatura enfermiza y retraída que precisaba atención con urgencia, más allá de los medios de su acuciada joven madre, insistió en llevársela a Aracataca para criarla con Gabito.<sup>3</sup>